

Lázaro Bardón

Viaje a Egipto

**con motivo de la apertura del canal de Suez
y excursión al mediodía de Italia**

**Estudio preliminar, edición y notas
de María José Barrios Castro**

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R
Desclasados

Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación «El viaje de las ideas literarias. Historiografía comparada de las literaturas clásicas (ámbitos hispano y luso 1782-1950): transferencias culturales entre Europa y América (HCLC)». Referencia: PID2021-122634NB-I00.

1ª edición, 2025

© Del estudio preliminar, edición y notas, María José Barrios Castro

© Guillermo Escolar Editor S.L.

Calle Princesa 31, planta 2, puerta 2

28008 Madrid

info@guillermoescolareditor.com

www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez

Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 979-13-87789-05-3

Depósito legal: M-12364-2025

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

MARÍA JOSÉ BARRIOS CASTRO

ESTUDIO PRELIMINAR

Introducción

Hace unos años, mientras trabajaba en la figura de Lázaro Bardón, catedrático de Griego en la Universidad Central de Madrid, y en su obra *Lectiones Graecae*, supe de su asistencia a la inauguración del canal de Suez y de su diario de viaje, que quedó plasmado en un libro publicado en 1870 con el título de *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez y excursión al mediodía de Italia*. Encontré con bastante facilidad en internet el PDF de esta obra, que me sedujo al instante y, dado que en ese momento estaba desarrollando unos estudios acerca del Grand Tour, me pareció una buena idea rescatarla de su injusto olvido. Pero los años pasan rápido y otras obligaciones apremian, de modo que no fue hasta que el profesor Francisco García Jurado me animó a acometer una edición y estudio de este diario cuando me centré en tal empresa. El tiempo dedicado a esta labor me ha devuelto a mis años de infancia, en los que sentí esa atracción, ahora lo sé, llena de tópicos orientalistas, hacia el «exótico» mundo egipcio, y a mis años universitarios, cuando decidí estudiar el egipcio medio jeroglífico.

En la elaboración de este estudio introductorio he seguido el siguiente orden: breve semblanza del autor, el hito histórico de la inauguración del canal de Suez con su repercusión en la egiptomanía y, finalmente, el viaje de Bardón y la sombra de Heródoto.

Quiero, asimismo, dedicar este libro a mi hermana, María Jesús, con la que he compartido siempre este amor por Egipto.

La figura de Lázaro Bardón

Lázaro Silverio Bardón y Gómez nace en Inicio (León) en el año de 1817 y muere en Collado Mediano (Madrid) en 1897¹. Desde muy niño se inicia en los estudios de la gramática y se apasiona con

¹ Para el estudio biográfico de Lázaro Bardón me baso en las siguientes obras: Barrios Castro (s.f.), Hualde Pascual (s.f.), Olives Canals (1953/4) y Pedrazuela Fuentes (2013).

la lectura de libros en latín y otros idiomas. Dedicado a la carrera eclesiástica en el Seminario Conciliar de Astorga, entre 1833 y 1836 aprueba los tres primeros años de Filosofía y obtiene poco después una beca, de modo que en 1840 aparece matriculado en el mismo seminario cursando los cinco primeros años de Teología. En 1843 se le concede otra beca y entre 1843 y 1845, cuando aún era estudiante, ejerce de auxiliar de Lógica, Gramática General y Matemáticas en el mismo centro. Es durante este periodo cuando perfecciona sus conocimientos de latín y probablemente se inicia en el estudio del griego y del hebreo, sin duda estimulado por el obispo de Astorga, Félix Torres Amat, quien le confía algunas clases en los cursos elementales, estimula su vocación humanística y le ayuda personalmente a perfeccionar el griego y el hebreo. Es posible que Bardón no solo aprendiera griego de este obispo, sino el liberalismo constitucional que caracterizaba en aquella época a un sector de la Iglesia española frente a la tendencia absolutista y ultramontana representada principalmente por la Compañía de Jesús. En 1845, por orden del obispo, Bardón se traslada a Madrid para dedicarse al estudio de las lenguas orientales, donde recibe el grado de bachiller en Teología y simultanea sus estudios con las asignaturas de la sección de Literatura: Hebreo (1845-47), Griego (1845-48) y Árabe (1848). Su profesor de griego durante esos tres cursos fue Saturnino Lozano. Probablemente, su escasez de recursos lo llevó a realizar en 1846 el examen para obtener el título de regente de segunda clase de la asignatura de Hebreo y a opositar para una cátedra de esta materia vacante en Sevilla, cátedra que no ganó. Obtuvo el título de regente, pero, para poder subsistir, pidió un ascenso a regente agregado y se presentó a dos cátedras de Griego vacantes: una en Oviedo y otra en Granada. También solicitó una plaza en la biblioteca de San Isidro «para no perecer de hambre», tal como él mismo dijo. En 1847 el rector lo nombra agregado tercero de la Sección de Literatura y ese mismo año obtiene el grado de Licenciado en Literatura. Como regente agregado hizo sustituciones en diferentes cátedras enseñando Latín y Castellano, Retórica y Poética, Filosofía, Historia, Griego, Hebreo y Árabe. Sus curiosidades intelectuales abarcan autores griegos en ediciones de Didot y Tauchnitz, gramáticas de Lancelot, Braun y Curtius, diccionarios de

Estienne, Scapula, Schrevelius, Leopold y Freund, obras de hebreo, árabe y sánscrito y estudios en alemán y otras lenguas de exégesis y arqueología bíblicas; además, estudió sánscrito en la Universidad Central. Con el nuevo plan de estudios, Bardón oposita a una cátedra de Griego vacante en la Universidad de Salamanca y es nombrado catedrático en 1849. En 1850, por renuncia de D. Pedro Lechaur, queda vacante una cátedra de Griego en la Universidad de Madrid, por lo que Bardón solicita el traslado a la capital, aunque sin éxito, si bien, ese mismo año, obtiene la cátedra de Griego de Madrid por oposición. Una vez en Madrid, en 1852 adquiere el grado de doctor en Literatura con la tesis *Acerca del carácter de Achiles*, publicada ese mismo año. En 1853 sale a la luz su *Cuadro synóptico* y se plantea publicar un texto para su cátedra, pero tropieza con la dificultad de la escasez de talleres de imprentas con los tipos griegos. Pero como Bardón pensaba que las imprentas de Madrid carecían de tipos griegos y «cajistas inteligentes», hizo traer de París una fundición griega. Tras muchos esfuerzos y aprendizaje del arte de la edición, además de esquilma su economía, consiguió los útiles necesarios para establecer en su casa una pequeña imprenta. Él mismo hizo las veces de cajista, prensista y corrector, y el 14 de abril de 1857 remitió al Ministerio de Fomento dos ejemplares de su obra posiblemente más conocida, las *Lectiones Graecae*. Ese mismo año, con la implantación de la Ley Moyano, en la que el Griego pasa a ofertarse en dos cursos en las universidades, consigue que incluyan su obra en la lista de libros de texto señalados para el curso 1857-58.

En cuanto a sus tendencias políticas, como hemos esbozado antes, Bardón militó abiertamente en las filas del partido progresista, a la izquierda del movimiento liberal; de hecho, entre el 15 de septiembre de 1859 y el 9 de marzo de 1860 se produjo la ruptura pública de Bardón con la autoridad diocesana ordinaria y su alejamiento de la disciplina eclesiástica, de modo que en su Testamento Civil aparece suprimido el apelativo sacerdotal que acompañaba su nombre, hecho que veremos reflejado en algunos de sus comentarios a lo largo de la obra objeto de esta edición. Fue asimismo socio titular fundador de La Sociedad Antropológica Española. Durante el trienio de 1865-67 la hostilidad contra el krausismo es muy fuerte, de modo que en

marzo de 1865 Navarro Villoslada reclama al gobierno la destitución de los catedráticos que, con su labor docente, contribuían a «vilipendiar» a la monarquía; será el caso de Lázaro Bardón y, junto a él, Sanz del Río, Fernando de Castro, Manuel María José de Galdo, Nicolás Salmerón, entre otros. En 1867, tras el levantamiento del cuartel madrileño de San Gil y el pronunciamiento de Prim en Villarejo, por decreto del 22 de enero, dichos profesores son obligados a prestar juramento de fidelidad a la Iglesia y al trono, a lo que algunos se niegan aludiendo a la libertad de cátedra, por lo que son privados de la docencia universitaria. Dos años más tarde, en 1869, Salustiano de Olózaga, embajador en París, lo invita a las fiestas inaugurales del canal de Suez para formar parte de la comisión oficial que había de representar a España. De aquel viaje queda un libro repleto de eruditas observaciones, sarcásticos comentarios y que es objeto de nuestra actual edición. Tras una breve estancia en la embajada de España en París se traslada a Marsella, desde donde zarpa rumbo a Egipto. A su vuelta se detiene en Nápoles y Roma. Por ese tiempo adquiere unos terrenos en Collado Mediano que lo aficianan a las ciencias naturales y la medicina. Parece que en esta etapa de su vida se aplicó al estudio de Dioscórides, Hipócrates y Galeno. Ejerció asimismo un importante papel entre el periodo agitado que marca la abdicación de Amadeo de Saboya y la proclamación de la Primera República. En 1870, tras la dimisión de Fernando de Castro, se le nombra rector de la Universidad Central. Su dimisión como rector debió de ser en fecha cercana a la de su nombramiento. También fue nombrado senador por León en 1872. Posteriormente, alejado de la política, se retira a la Sierra de Guadarrama y a su cátedra de Griego. Menéndez Pelayo, que pasó por su aula en el curso 1873-74, lo recuerda con veneración y afecto, lo mismo que Unamuno, Clarín, Armando Palacio Valdés y Rizal (héroe de la independencia de Filipinas). En 1892, aquejado de reuma, marcha a Collado Mediano, en 1895 se ordena su jubilación y el 8 de julio de 1897 muere y es enterrado en el cementerio de esta localidad madrileña. Lo sustituyó en su cátedra D. Juan Gutiérrez Garijo, su auxiliar y amigo.

A continuación, para terminar este apartado, vamos a ofrecer una relación de las obras publicadas por Bardón:

- *Discurso acerca del carácter de Achiles*, Madrid, 1852 (se trata de su tesis doctoral).
- *Cuadro synóptico de los accidentes del verbo griego*, Madrid, 1853 (en este libro se refleja su devoción por la gramática razonada del Brocense).
- *Lectiones Graecae*, Madrid, 1856 (esta obra fue enjuiciada severamente por Charles Graux).
- Un manuscrito de Bardón correspondiente a una obra titulada *Estirpes verbales de las lenguas latina y griega u origen de todos sus verbos agrupados por familias y clasificados conforme a la derivación y composición de cada uno de ellos* (de esta obra se conservan los tomos II y IV y en ella Bardón ofrece las voces ordenadas por raíces, como hace Henri Estienne, e incluso adopta su misma terminología).
- *Testamento Civil*, Madrid, 1860 (en esta obra da cuenta de su pesar e indignación ante la marginación de sus *Lectiones Graecae* como libro de texto frente a otra obra de Raimundo González Andrés).
- *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez y excursión al mediodía de Italia*, Madrid, 1870.

La egiptomanía y la inauguración del canal de Suez

La atracción por Egipto y el Oriente ha sido una constante a la que podemos retrotraernos hasta la Antigüedad. Homero nos habla de Tebas como la «ciudad de las cien puertas»; Esquilo representa en el 472 a.C. su tragedia *Los persas*, en la que rememora el enfrentamiento entre griegos y persas en la famosa batalla de Salamina, que había tenido lugar solo ocho años antes, en el 480 a.C. Heródoto, por su parte, dedica un libro entero, el segundo de sus *Historias*, a describir el país de los egipcios, sus costumbres, la momificación de cadáveres, la construcción de las pirámides y sus animales exóticos, es decir, todo lo que resultaba ajeno y curioso para un «turista» griego de la época. Sin embargo, detrás de este interés por lo egipcio había un afán por revalorizar esta cultura frente a la persa, considerada como bárbara, es decir, se trataba de una historia hecha sobre la base de intereses políticos y de legitimación ante el Otro. Más tarde aparecen las figu-

ras de Egeria, quien visita las pirámides, que considera graneros, u Horapolo, a quien se le atribuye la obra *Hieroglyphica* (Vela Rodrigo 2022, 39). Sin embargo, el término «egiptomanía» no se popularizó hasta que el conde de Volney publicó en 1787 su *Voyage en Égypte et en Syria*, y se utiliza para designar el interés, ya desde la Antigüedad, hacia todo lo egipcio por parte de pueblos ajenos al mismo, quienes se autoproclaman los únicos legitimados para interpretar una cultura que consideran el origen de la civilización (Vela Rodrigo 2022, 38). Podemos afirmar que en la Edad Moderna hay tres momentos cruciales para la egiptomanía en los que pasó de ser un objeto de interés erudito y elitista a convertirse en un fenómeno de masas: la expedición napoleónica de 1798, la inauguración del canal de Suez a finales de 1869 y el descubrimiento por parte de Howard Carter de la tumba de Tutankamón en 1922. Asimismo, frente a la egiptomanía, se desarrolla, a partir de la campaña napoleónica de 1798, una nueva disciplina, la «egiptología», ya con un marcado rigor científico. Paralelo a la egiptomanía y, en muchas ocasiones, parejo al término, nos encontramos con el orientalismo, un orientalismo «moderno» en palabras de Edward W. Said, quien en su obra *Orientalismo* intenta dar una visión de lo que ha significado Oriente para Occidente. Según Said el orientalismo es un sistema teórico y práctico que se ha gestado y alimentado a lo largo de generaciones y del que es difícil que un occidental pueda abstraerse, dado lo profundamente inoculado que está (Said 2003, 25-27). Said distingue tres tipos de orientalismo: el político (dominación y administración de «El Otro»), el científico-académico (estudio del pasado milenario de Oriente y sus antigüedades)² y el romántico (la idea de pintores, escritores, coleccionistas, entre otros, que hacen el gran viaje a Oriente en busca de lo peculiar y tradicional, frente al progreso occidental). Es con la invasión napoleónica de Egipto en 1798 cuando nace lo que Said denomina el orientalismo moderno, en el momento en que Fran-

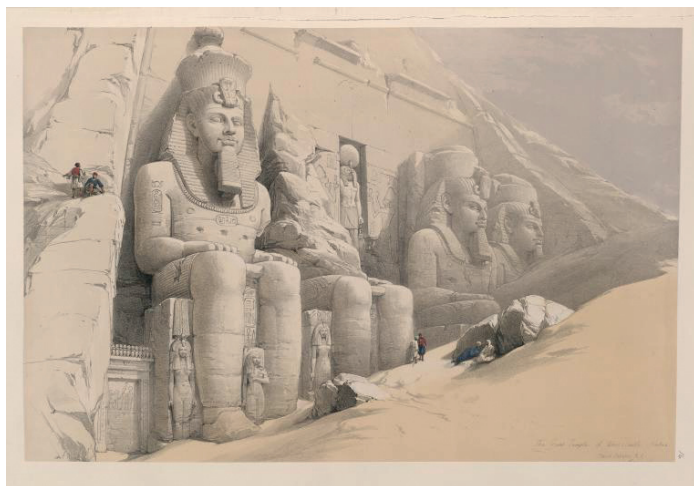
² En este caso conviene hablar de la «Orientalística», una disciplina que se crea en París en 1800 y que consistía en el estudio de las lenguas árabe, persa y turca, lo que contribuyó a la recepción de los textos orientales en Francia y a la creación de una revista europea, el *Journal Asiatique* (Espagne 2023, 62).

cia y otras naciones europeas, especialmente Inglaterra, se apropiaron como «culturas superiores» de la civilización egipcia, de manera que la mirada occidental se convierte en la única legítima sobre Oriente y, como muestra, señala la gran empresa colectiva que fue la *Description de l'Égypte* y el nacimiento de instituciones como la Société Asiatique, la Royal Asiatic Society, la Deutsche Morgenländische Gesellschaft y la American Oriental Society (Said 2003, 72-73).

En agosto de 2023, mientras disfrutaba en Estambul de una magnífica exposición organizada por el Koç University Sevgi Gönül Center for Byzantine Studies acerca de los estudios bizantinos en Turquía con el título *The Odyssey of Byzantine Studies in Turkey* en la galería ANAMED, encontré en su librería el interesantísimo libro de Zeynep Çelik titulado *Europe knows nothing about the Orient. A critical discourse from the East (1872-1932)* (Çelik 2021), que me sirvió de libro de cabecera durante el resto de mi estancia en Turquía. La obra, sin menospreciar el trabajo de Said, da constancia de la batalla de eruditos turcos que con sus escritos han tratado de derrocar la idea europeísta de superioridad de Occidente frente a Oriente, pero que por estar escritos en turco y no en inglés han tenido una repercusión muy limitada que ha quedado circunscrita al ámbito otomano. En concreto, Çelik destaca el breve artículo de Namik Kemal publicado en la revista *İbret* en 1872, curiosamente unos tres años después de la inauguración del canal de Suez, titulado «Europa no conoce nada de Oriente» (Kemal 1872, 2), quien con pasión trató de romper con la representación europea de Oriente. Este artículo le sirve de base a Çelik para defender la idea de que a finales del siglo XIX y principios del XX, intelectuales turcos, concretamente en Estambul, no adoptaron una actitud pasiva frente a ese eurocentrismo, sino que, a través de ensayos y publicaciones variadas, trataron de corregir esa imagen dibujada por los europeos muchos años antes de que lo hiciera Said, quien, no obstante, reconoce su deuda con algunos de ellos (Çelik 2021, 13 y ss.).

En lo que respecta a España, ya en el prólogo a la nueva edición hispana de la obra de Said, el autor admitía la crítica «con fundamento» que se le había hecho acerca de haber tratado poco o nada la compleja relación entre España y el islam y el caso del orientalismo español (Said 2003, 9-10). Sin embargo, estudios posteriores como

los de Morales Lezcano (1988, 1990 o 1992) inciden en la idea de que el orientalismo español fue africanista, centrándose sobre todo en Marruecos y en la revalorización del mundo árabe-bereber, y no de cuño anglo-francés, puesto que la España del XIX carecía de los medios y avances de los que estaban provistas naciones como Inglaterra o Francia en ese periodo.



Como hemos dicho anteriormente, el segundo momento crucial del fenómeno «egiptómano» se produce con la inauguración del canal de Suez en noviembre de 1869. Sin embargo, esta no fue la primera inauguración del canal, sino que en realidad había sido la segunda. Otero Alvarado y Pulido Polo (2020) han estudiado las tres inauguraciones realizadas en el canal de Suez y la batalla por la opinión pública durante las mismas: la primera inauguración se llevó a cabo tras la conquista de Egipto por parte de Darío I en el 515 a.C. y para cuya conmemoración se erigieron cuatro monolitos de granito con inscripciones en persa antiguo, elamita y babilonio; la segunda, la que nos compete en nuestro caso y en la que profundizaremos, tuvo lugar el 17 de noviembre de 1869; la tercera se produjo el 5 de agosto de 2015 y supuso toda una victoria propagandística en la política comunicativa egipcia tras la Primavera Árabe y una sustancial fuente de divisas (Otero y Pulido 2020, 621 y ss.).